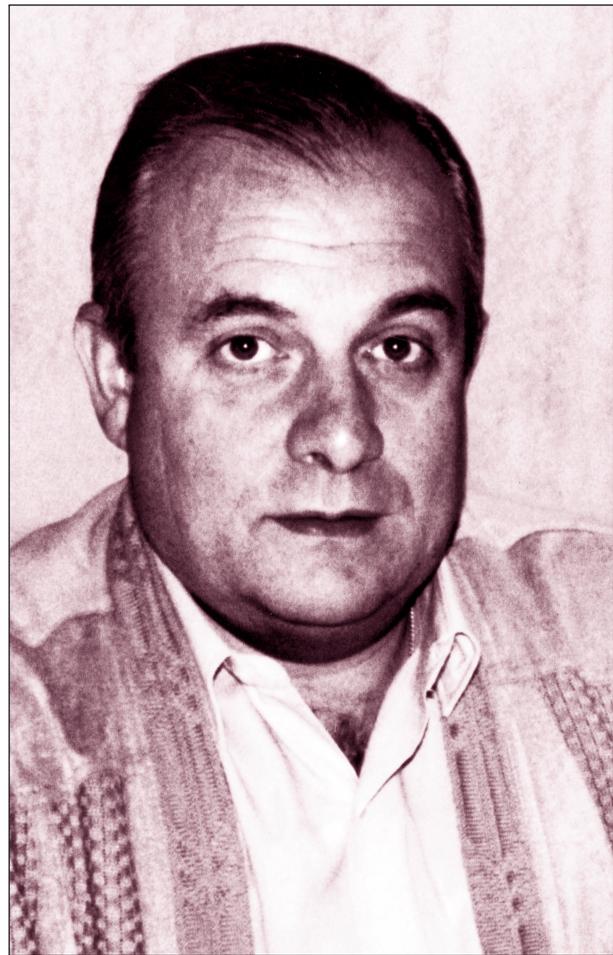


Mertxe Carneiro Bello

Escribir sobre alguien a quien conocimos brevemente es ardua tarea por no decir imposible tarea. En otras circunstancias, de haberseme presentado la ocasión, no me hubiera sentido capaz y, todo hay que decirlo, dudo que lo hubiera considerado siquiera por un segundo. Y es que no se puede escribir sobre la sombra. Es más, no se debe, resulta inmoral. ¿Qué podríamos hacer con lo escasamente conocido? ¿Imaginar? ¿Deducir? ¿Especular?... Mentir de todas formas ya que no hay proposición dada, no existe objeto claro. Es mejor dejar que lo difuso repose intocado en su propia lejanía. Este tipo de metafísicas debe quedar al margen de la manipulación.

Y, sin embargo, escribir sobre David Tellechea Santamarta es fácil. Él no es una sombra, aunque haya vivido remoto. Su recuerdo no es una instantánea puntual de mi pasado, una especie de foto-fija de algo que fue y que guardo para enseñarla cuando conviene. David ha arraigado en la tierra de mi memoria con la solidez del roble y, por lo tanto, no necesito imaginar, deducir o especular. No mentiré en las próximas líneas cuando asegure que, a pesar de que su presencia en mi camino no tiene nada de duradero ni está ligada a ningún acontecimiento, David ha sido un amigo incesante.

Sí, una vez lo definí como <efímero compañero de otras épocas>, y esto es rigurosamente cierto, porque estuvo en mi infancia y adolescencia como una ráfaga de aire. Pero, repito, que nadie se engañe, que si fue aire, lo fue por fugitivo que no por intenso. Y ahí está, precisamente, la diferencia: en la intensidad. Esa huella indeleble que dejan algunos seres al irrumpir en nuestras vidas. Por eso estoy aquí, y cuando digo "aquí" no sólo me refiero a este momento concreto, hablo de toda mi trayectoria en esta revista, porque fue por David que me animé a participar en ella. Él me empujó a matar el gusanillo literario. Venía leyendo sus artículos, todos y cada uno,



de principio a fin y varias veces; y fue la puntilla el del 92. En él nos hablaba de la calle Arriba; de regueros de sidra nueva corriendo por su pavimento, de olores de campo y lluvia impregnando su aire; de un niño que, junto a la ermita de las Agustinas a veces juega al balón con las piernas encerradas en jaulas de metal y otras veces, forzosamente anclado tras su ventana, ve pasar cadáveres de pinos y castaños que un monstruo llamado Papelera Española se tragará. Sí, ese artículo me decidió a meterme donde sólo David me llamaba con su sensibilidad y buen hacer. Hay, pues, razón más que suficiente para que mis dedos se estén disparando por el teclado. Aún sabiendo que no repicarán sobre las letras durante mucho rato. Aún sabiendo que no contarán nada extraordinario en el sentido que entendemos como tal.



Me enteré tarde de su muerte y, aunque tenía tiempo, no quise escribir nada. Sabía que la “Oarso 2002” se ocuparía ampliamente de su persona. Así fue. Vi su foto en la página 184. La foto de un David adolescente. Justamente el que yo frecuenté algo más que al otro David. Porque hubo dos y, en el tiempo, no demasiado alejados. Desde el recuadro volvió a mirarme su rostro limpio y sereno. Volvió a mirarme y, entonces, súbitamente, recuperé aquel lejano paisaje en donde los pájaros translúcidos y leves poblaban el cielo.

Renació en mi cabeza aquella primavera de la vida que nos veía estudiar francés mientras nuestro corazón iniciaba la larga maniobra de la floración. Wordsworth lo llamó <el tiempo del esplendor en la hierba>. Yo tenía 14 ó 15 años y era alumna de Marie-Yvonne, lo mismo que David, lo mismo que Enrique y Conchi de Pasajes Ancho, lo mismo que Patricia de Lezo... Después de clase, paseábamos por la Viteri y, los martes y jueves, nos quedábamos en la gramola para bailar la *Pequeña Flor*, el *Orfeo negro*, la *Esperanza-Esperanza-sólo-sabes-bailar-cha-cha-cha...* En aquellos días teníamos conversaciones importantes; quien más quien menos le tiraba los tejos a la Cultura y se hablaba ex cathedra, porque nos parecía que la Cultura necesitaba de nosotros para ser comprendida. Pero

no éramos unos pedantes. Nuestra lengua –y menos aún la de David, docto entre los doctos de manera natural y espontánea– arremetía contra las novedades creyendo a pies juntillas que nacían para nosotros. David me ayudaba con los verbos irregulares franceses, que se me resistían y me amargaban la existencia. Y ayudaba a Enrique, buenazo donde los hubiera, pero un tanto sin desbatar, con el vocabulario no forzosamente francés. Recuerdo algunas anécdotas a este respecto. Por ejemplo, un día en que los más jovencitos de la clase estábamos como de costumbre chinchando al pobre Enrique, éste fue y soltó una de sus perlas: <¡Mec...! ¡Encima se me ríen estos niñatos! ¡Lo tengo merecido! ¡El que con niños se acuesta, cagao se levanta!> Y David, inmediata y comprensivamente, le corrigió: <Se dice: el que con infantes pernocta excrementado alborea>.

David era un chico muy guapo y, no obstante, lo que realmente atraía de él no eran sus rasgos agradables y correctos. Otra belleza más emocionante y perfecta se superponía a esa otra iluminando su rostro e impregnando de calidez a toda su persona. Nos impresionaba y nos tenía atrapados ese fenómeno. Entonces no lo sabíamos. No hubiéramos sabido darle nombre a aquello. Pero hoy supongo que todos los que le conocimos ya sabemos que se trata-

ba de bondad. En aquellos años absurdos y agitados, aquellos años adolescentes en que la inocencia comenzaba a tambalearse, David nos sosegaba. Sí, David era, me consta que lo ha sido hasta el final, un ser limpio y claro.

Mi otro David tiene la infancia atrapada en una cuna inacabable. La primera vez que lo vi fue en el verano de 1950. En la entonces Plaza del Mercado. Yo tenía cinco años y mi madre me llevaba allí por las tardes para que jugara con otros niños y niñas. No tengo recuerdos claros, porque a esa edad las escenas se graban en clave de impresiones, por eso ahora mi memoria se enciende a fogonazos que alumbran claroscuros en donde todo es quietud y mutismo. Son escenas que cuelgan por las paredes de la memoria como cuadros ligeramente descoloridos. David, sentado, o incorporado, no lo sé muy bien, nos sonríe mientras le miramos entre sorprendidos y maravillados, porque no acabamos de entender que un chico tan grande todavía esté varado en un cochecito de mimbre.

David vive en mi recuerdo lo mismo que un sueño placentero. Hace siglos que lo guardé allí para siempre y únicamente se borrará cuando me borre yo. ¿Qué curioso, verdad? Pues así son las cosas en ocasiones; seguramente sucede como afortunado contrapunto de esa estúpida realidad que nos encadena durante años a gentes que nunca nos quisieron y a las que, a fin de cuentas, tampoco hemos querido tanto: basta un soplo de aire para que se partan las argollas que nos atan a ellas y, enseguida, otro soplo se las lleva lejos. El olvido es tan sencillo como repentina ha sido la rotura. Ni siquiera interviene la voluntad. Es como una eliminación de residuos. Pura fisiología.

No, yo no he olvidado a David. ¿Cómo olvidar la belleza? A estas alturas de la película, ya he aprendido que sólo hay un lugar en donde remansar el alma: es en la imagen de aquellos seres hermosos que alguna vez acompañaron sus pasos a los nuestros. No importa cuánto trecho. No importa cuántas rosas. Ni siquiera importa que después nos hayan olvidado al dejarnos atrás. Son olvi-

dos serenos. Son olvidos que no duelen, porque los imponen otras trayectorias. Sé que en la memoria de David muchos nos habremos apagado: Enrique y Conchi de Pasajes Ancho, Patricia de Lezo, Mari-Ivonne y yo habremos sido escorzos de un tiempo fenecido. ¿Y qué más da? Cuando vivió aquel tiempo, David nos mostró que la ternura existe y es posible entre las personas. Nos dejó pan y agua para el camino. De eso nos hemos nutrido. Buena prueba es que hablemos de él: el año pasado, este año y, supongo, que en los venideros.

David ha muerto y, ante esa noticia, se me echa encima un balance inevitable, y hago recuento de todo lo que, por muerte física o por ese tipo de muerte potencial que es la ausencia, me he quedado sin montones de familiares y amigos, sin esos otros amigos de cuatro patas y una cola que se agitaban para reír o llorar, sin los paisajes que me arroparon desde que nací, sin las cosas materiales que un día me parecieron tan imprescindibles... Se han ido desvaneciendo a lo largo de mi vida como se desvanecen los sueños al llegar la mañana. Sigilosamente, la muerte va sembrando huecos, ¡demasiados huecos!, en mi espíritu.

David ha muerto, pero tengo la seguridad de que, esta vez, en mi espíritu no crecerá un nuevo vacío para él. No habrá ninguna tumba con un epitafio de silencio. Porque no desaparecen las figuras lejanas. Porque no se palpa su ausencia. Porque no nos consta su distancia. Porque, cuando se encienda su recuerdo en mi memoria, seguirá deslumbrándome el brillo de su rostro y percibiré, como un bálsamo, el bienestar que emanaba de su persona. Seguiré oyendo su voz, entre tierna e irónica, corrigiendo a Enrique de Pasajes Ancho. Seguiré oyendo su voz, divertidamente profesoral, tratando de imbuirme las conjugaciones de los malditos verbos irregulares franceses. Y si algún día vuelvo a remontar la calle Arriba, buscaré esa ventana junto a la ermita de las Agustinas y lo veré allí, serio y abstraído, viendo pasar los árboles caídos.

David ha muerto. Eso dicen...

